

Sicilia y Reino de Nápoles (1647-1648): ¿Revueltas o revoluciones?

Bruno Anatra

El reciente y meritorio esfuerzo de Stradling dedicado a la España de Felipe IV recuerda oportunamente cómo las crisis políticas y sociales que afectaron a la Europa de 1640 fueron especialmente extensas e intensas en el área de los estados españoles, donde se produjo una especie de reacción en cadena a la creciente presión fiscal instigada por Olivares, que se intensificó en los últimos años de su gobierno y que se prolongó más allá de su caída. Esta concatenación de crisis, que introdujo los desastres de la guerra dentro de los territorios de la Monarquía, alcanzó su apogeo en el periodo de 1647-52, llevando al Estado español al límite de su extinción. Más que de extinción, a corto plazo, se trataría de una primera disminución, puesto que aquellos fueron también los años en que en la guerra europea sustitufan a las armas la diplomacia y la paz, disminuyendo en los frentes españoles el compromiso bélico.

A hacer del final de 1640 el momento más difícil para España después de Olivares, contribuyeron al unísono las sublevaciones sicilianas y napolitanas. En comparación con el estado actual de la cuestión, ¿es posible confirmar la postura de Stradling, que liquida el caso siciliano definiéndolo como un «conjunto de sublevaciones esporádicas y desorganizadas que nunca llegaron a asumir «un carácter político», concediendo solo al caso napolitano el haber asumido «un carácter claramente antiespañol» y haber amenazado así con «seguir el mismo camino de Barcelona».

Este juicio, en parte repite lo expresado hace algunos años por Zagorín, mucho más sumario para el caso napolitano, reducido aquí a un «fuego fatuo». Zagorín, a su vez, recalca, con alguna

modificación, el modelo sociologizante propuesto diez años antes por Foster y Greene, con el fin de «distinguir entre verdaderas revoluciones y simples manifestaciones de descontento». Como ellos, Zagorín coloca los movimientos napolitano y siciliano entre las «jacqueries» urbanas. En especial considera «correcta» tal calificación para el napolitano, aunque le parece «apoyado por insurrecciones agrarias», ya que las considera de menor importancia que las contemporáneas «revueltas campesinas francesas» y sin ninguna incidencia sobre la naturaleza del movimiento.

En otro términos, ¿es posible describir los hechos de Nápoles y Sicilia de manera semejante a las sublevaciones andaluzas de los años 1648-52, para las cuales Stradling habla (siguiendo a Domínguez Ortiz) del papel pacificador del clero, de la ausencia de contacto, y aun menos de colaboración, entre los centros insurreccionales, de objetivos físicos limitados y en su mayor parte simbólicos, hasta el punto de no hacer necesaria la intervención de tropas reales?

Hay que decir que aun situando los unos y los otros bajo la misma categoría, Stradling no hace a este respecto explícitas asimilaciones. De todos modos, vale la pena señalar que en lo referente al primer punto, sectores del clero napolitano fueron protagonistas de las revueltas y en el caso del arzobispo de Nápoles, Filomarino, hubo una manifiesta voluntad de dirigirlas, mientras en Sicilia el alto clero, en particular, se colocó activamente en la orilla opuesta y en algunos casos guió y promovió la represión y fue pagado con la misma moneda, poniéndose en el punto de mira de la violencia popular. Además, si no puede hablarse propiamente de colaboración, si que hubo contactos entre los focos de Nápoles y de Sicilia, existiendo más en Nápoles que en Sicilia, intentos de unificar el movimiento por parte de la capital, y también indicios de relaciones entre ellos, o al menos, influencias mutuas. El simbolismo y la mitologización que aparecen en toda manifestación popular del Antiguo Régimen, son en el caso de Nápoles ingredientes fundamentales de robustecimiento de los ánimos de los revoltosos. En cuanto a la intervención armada, ausente en Sicilia, no lo estuvo ciertamente en Nápoles.

En cuanto a los contactos, y más ampliamente a los influjos y a los ecos y en general a la circulación de las experiencias y de las ideas insurreccionales, que también representan uno de los componentes más fascinantes de la crisis social y política que invade la Europa de aquellos años, en la literatura apenas recordada, hay un aspecto que viene señalado por más de una alusión y que hace referencia tanto al conjunto como a cada una de las áreas por separado. Hoy por hoy el mérito recae sobre todo en la producción historiográfica de Villari (desde *Rebeldes y reformadores* (1979) hasta *Elogio de la*

disimulación (1987) profundizando un discurso emprendido con *La revuelta antiespañola en Nápoles* (1967) que se mueve fundamentalmente en el terreno de las profundas mutaciones de la conciencia social y política de la Europa del siglo XVII, considerándolas como aquello a partir de lo cual se pudo practicar la búsqueda de una identidad común, que sin tener en cuenta aquellos rasgos recurrentes resulta deformada y disfrazada la particularidad de muchos de los segmentos que componen el cuadro de la «crisis general» del siglo.

Sobre la base del caso napolitano, Villari, ante todo, identifica, entre finales del siglo XVI y mediados del XVII, la aparición de una profunda fisura del bloque feudal-campesino, el arranque y el despliegue de un lento y traumático alejamiento del mundo rural respecto de la dependencia psicológica e ideológica de las clases señoriales, señalada en particular por la difusión de un mito «antifeudal» de la realeza, además de la propagación del bandidaje, como respuesta primitiva, prepolítica a la presión de los barones, a la que los insurrectos napolitanos se habían enfrentado con la misma determinación que a las autoridades reales.

Contextualmente, en la visión política de los «cambios de estado», la conjuración aristocrática tiende a perder el papel preeminente de que había gozado en el pasado. Los mismos gobiernos se ven impulsados a revisar sus propios métodos de acción en el «frente interno» dado que ya los mayores peligros de cambio provienen de fuerzas diferentes de las nobiliarias, aunque posteriormente para conjurarlos, en las reconstrucciones oficiales se busca reconducir las sublevaciones dentro del tradicional esquema bipolar de la responsabilidad nobiliar y de la espontaneidad plebeya. Por otra parte, a menudo, la consolidada solidaridad entre nobleza y monarquía permitió a los estados continentales, especialmente al español, superar la crisis. Sin embargo, este último esquema, ha sido objeto de revisión en los últimos tiempos incluso por el propio Villari, en especial por lo que respecta al área de los estados españoles de la vertiente mediterránea.

La complejidad de las tensiones sociales y políticas del siglo XVII, acentuada por el hecho de que más raramente que antes las motivaciones religiosas logran servir de freno, ha favorecido una difusa lectura en términos de menor homogeneidad y unidad, de subvaloración de los elementos de novedad. Entre estos últimos Villari pone de relieve la aparición de una visión de la jerarquía social, no sólo cultural y moral, que nace de la reivindicación de una propia dignidad por parte de las categorías sociales emergentes, las capas medias, la controvertida burguesía que en aquella parte de Europa en

vías de periferización económica, se encuentra con dificultades para agregarse y reconocerse, lo hace sin embargo en una medida notable, bajo la forma de una voluntad de homologarse a la nobleza, pero, por contra, esforzándose en elaborar ideales de tipo antiabsolutista y constitucional tendentes a la república. Se detiene sobre todo en el papel desencadenante desarrollado en las revueltas, no solo en aquellas exquisitamente sociales, sino también en las antifiscales, que, también por radicarse en la escena barroca son, para Mousnier, índice de un espíritu de revuelta anacrónico y sin salida, mientras que para Villari reflejan una fase original de reinserción de la sociedad y del estado caracterizada por un estrecho enlace entre el poder público y el capital mercantil.

El mismo concepto de revolución como restauración, corriente en el lenguaje político del XVII y en la praxis reivindicativa de los movimientos, no puede verse en la perspectiva distorsionada por el modelo ilustrado o de la Revolución francesa, sino que hay que tomarlo como específico de un tradicionalismo, cuyo componente esencial era la deformación y al mitificación del pasado al servicio del presente. La comparación, como ha hecho Elliott, hay que buscarla en las grandes convulsiones de 1560, sobre todo para poder entender por qué permanecen actitudes liquidacionistas en gran parte de las sublevaciones del XVII a las que se les atribuyen un substancial «empobrecimiento estratégico», una pérdida de contenido político y de ideas.

Si es verdad que la crisis revolucionaria fue el resultado de movimientos autónomos, no coaligados entre ellos y carentes de un punto de referencia universal, no es menos cierto que entre ellos no hubo una absoluta ignorancia ni incomunicación. En resumen, la carencia de condiciones favorables a una convergencia general y a una unificación de las sublevaciones no les impidió la posibilidad de intercambios y contactos. Sobre este punto Villari insiste de manera especial en sus últimos ensayos en el sentido de que la resonancia europea de cada uno de los movimientos es completamente necesaria para medir el alcance político y de ideas, para apreciar la riqueza de sus contenidos contra la persistencia en infravalorarlos o desconocerlos.

Precisamente en esta época, en medio de los conflictos religiosos y políticos que habían caracterizado la fase precedente, se inicia una prevalencia de contenidos políticos, cuya circulación y penetración interna e internacional merece ser considerada con mayor atención. Un gran número de libelos, con preponderancia manuscritos, alimentó una intensa y capilar discusión política en la Italia de la época. La circulación de informaciones sobre la situación

internacional y sobre la grave crisis en la que se encontraba la monarquía española, contribuyó en gran manera en Nápoles a la desvalorización del concepto tradicional de fidelidad que en último periodo de la revolución fue sustituido por un programa de independencia «en forma de república». Los intercambios internacionales en cambio siguieron el camino de las traducciones de material impreso con las que la revolución napolitana llegó a tener una gran resonancia. Su impacto fue notable en Inglaterra, todavía mayor en Holanda y en especial en Francia, donde suministró argumentos a las polémicas en contra de Mazzarino.

Un mayor y mejor conocimiento de estos materiales podría contribuir a un mayor reconocimiento de un siglo XVII, cultural y político, generalmente pintado como privado de heroísmo y de impulsos ideológicos, como se pone de relieve en los tratados y la documentación oficial de la época, interesada en ocultar y distorsionar los contenidos políticos de los movimientos populares y el protagonismo en éstos de los ambientes «mediadores». Una imagen, ésta, propiciada por la frecuente llamada a la tradición por parte de opositores y rebeldes, para quienes expresaba más bien una exigencia de legitimación con el fin de controlar las instancias de cambio y dar fuerza y credibilidad a los programas revolucionarios. Es significativa de aquel clima cultural la dimensión general que en siglo XVII asume la teoría y la práctica del disimulo, una técnica política elaborada en su origen en función de la acción de gobierno, que se convierte en propia del mundo de la oposición y de la resistencia al poder, con el fin de crear nuevos espacios de iniciativa, procurando huir de la clásica alternativa entre utopía y conformismo y evitando el riesgo de anulación. El arte del disimulo en la nueva tendencia, sintomática de la profunda difusión del discurso político en la vida cotidiana, equivale al rechazo del primitivismo y de la espontaneidad, al propósito de elaborar y perseguir una intención política. Los grupos dirigentes populares hubieran dado prueba de ello cuando el choque con el poder hubiera sido más directo y generalizado, precisamente en lo más vivo de la crisis revolucionarias del año 1640.

Sobre la forma concreta en que se desenvuelven estas convulsiones en el ambiente napolitano, se ha obtenido en estos últimos años un substancioso enriquecimiento del cuadro y del detalle por el ensayo de Rovito, significativamente titulado *La rivoluzione costituzionale di Napoli* (1986), y por el libro de Musi, en clara contestación, dedicado a *La rivolta di Masaniello sulla scena barocca* (1989). Desde el lado siciliano se impone la robusta síntesis que Giarrizzo le ha dedicado en el interior de un gran fresco sobre *La Sicilia dal Cinquecento all'Unità d'Italia* (1989).

Tanto para Villari como para Rovito, lo napolitano fue todo lo contrario de un movimiento fracasado o de una «locura». Para ambos concluyó «no como fracaso sino con un acuerdo», y que, para Rovito, imprime un sello preciso al desarrollo de la revolución. En aquello que para Villari fue un impulso grandioso hacia «un nuevo equilibrio político y social», Rovito ve, con particular determinación, una madurez en la larga conciencia del medio civil napolitano de constituir la fuerza del estado que la restauración española no borra sino que legitima.

El motín antifiscal de junio-julio 1647, que abre el camino al movimiento revolucionario, es un hecho del pueblo, pero guiado por la clase civil y por los togados. Tras la caída de Olivares, la presión fiscal se había acentuado gracias también a la marginación de los togados y al crecido papel del componente de la nobleza en las instituciones centrales del reino que la inclinaba más a reconocer al soberano un poder libre de vínculos y límites allí donde para la ideología curial una fiscalidad exasperada e incontrolada era sinónimo de tiranía, quitaba fuerza a la legitimidad monárquica. Este es el sentido que la clase togada intenta dar a la protesta que estalla a raíz de la gabela sobre la fruta.

La breve y primera agitada fase de las dos, en la que substancialmente se articula para Rovito la experiencia revolucionaria, pasa por los 9 (o 10) días de Masaniello, con la organización de una fuerte milicia popular basada en estructuras preexistentes, y en la expansión de la movilización hacia las provincias, donde tiende a asumir un preeminente carácter antifeudal, que culmina con el momentáneo triunfo del partido de Genoino, el octogenario portavoz y protagonista de los precedentes experimentos reformadores de la clase civil, y cuyo objetivo no es la revolución, sino la restauración del orden constitucional en clave antinobiliar con la equiparación entre escaños nobles y el único escaño popular en el gobierno de la ciudad de Nápoles, y antifiscal (contra las nuevas, odiosas gabelas, no contra la fiscalía en cuanto tal).

Los segundos tumultos del 24 de agosto introducen la otra, mucho más larga y tormentosa fase. Derrotado el moderantismo de Genoino, por los contrastes surgidos sobre un proyecto de lanzar nuevamente la industria de la seda en el cuadro de una perspectiva mercantilista se elabora una nueva legislación, que promociona el papel de los ministeriales, ampliando la igualdad entre nobles y pueblo en la administración urbana, potenciando la política de desfiscalización, volviendo a dar poder y autonomía operativa a los togados en las magistraturas centrales, en el ámbito de un proyecto institucional en el cual más que recobrar la nobleza, se trataba, para Rovito, de

compatibilizarla con las exigencias y la finalidad de una moderna organización estatal.

Con la llegada en octubre de la flota de Don Juan de Austria, la confrontación militar y política con los españoles, que el partido de los constitucionalistas procuró conjurar, tenía que radicalizar rápidamente la revolución y empujarla hacia la búsqueda del protectorado francés. Pero la ruptura del cuadro institucional, introducida por la proclamación de la república y la entrada en escena del duque de Guisa no iba de acuerdo con los designios de Mazzarino. Para él, por otra parte, el reino no era más que uno de los elementos de la compleja partida militar y diplomática que estaba jugando con España. Mientras en las provincias cobraba fuerza la guerra por bandas contra los barones, cuyo ejército había sido derrotado cerca de Nápoles, en Aversa, aquel que había tenido que aplastar la monarquía española, el duque de Guisa, contribuía en realidad al aislamiento internacional de la revolución y a la irremediable ruptura del partido republicano. El jefe de fila de los creadores de una república senatorial, quintaesencia de la ideología ministerial, Vincenzo d'Andrea, trataba secretamente desde enero la vuelta de Nápoles a la obediencia regia, concordando hasta en los mínimos detalles la escena de la irrupción de las tropas regias, el 5 de abril de 1648.

El final de la revolución señala una derrota neta y atroz para los sectores más radicales del movimiento y para la plebe, que en todo momento de su desarrollo ha derrochado sus mayores energías, pero no para gran parte de la clase civil, que renunciando al maximalismo de la «serenísima real república» obtenía la confirmación de su primado institucional, basado en el restablecimiento, en el sistema ministerial, del papel central del Consejo colateral, el senado del reino, purificado de manera «drástica y definitiva» del componente nobiliario. La restauración, en fin, según Rovito, se realizaba bajo el signo de la alianza de la monarquía no con los barones —privados además de su instrumento político más eficaz, los parlamentos generales, no convocados después de 1642— sino con el ministerio togado. Que ésta no fuera una elección ocasional de Andrea y de Oñate, los protagonistas del compromiso de 1648, lo confirmarían veinte años después (1669) con aquella «especie de golpe de estado», con el que el Colateral decretaba que para la administración de la ciudad de Nápoles bastaba la presencia de un noble elegido y de uno popular, introduciendo por imposición aquella igualdad de escaños que había sido uno de los puntos fuertes de los programas de Genoio y de la revolución.

La revolución nace en Nápoles y en Nápoles concluye su parábola, retornando pronto las provincias a la obediencia regia. Para Rovito parece enconderse también en esta oleada de conformismo una cierta dosis de transformación. Hasta ahí las provincias, perseverando en la plurisecular desconfianza hacia la capital, se habían puesto en substancial autonomía ya fuera respecto a la misma, a pesar de sus tentativas de conexiones políticas, militares e institucionales, ya fuera entre ellas mismas, cada una por su cuenta llevando adelante una política no tanto de consenso de los proyectos de reforma elaborados en el centro, como de revisión del poder local de la feudalidad.

Sugestiva y documentada, la reconstrucción de Rovito confirma con Villari la imagen de un movimiento que desarrolla en el centro y en la periferia enormes energías físicas e intelectuales, pero que por el hecho de orientar el desarrollo y los éxitos de manera unidireccional, descrita también de forma reduccionista, se presta a las valoraciones críticas de los acontecimientos napolitanos. El más autorizado exponente de estas posiciones, Galasso, en el prefacio al reciente libro de Musi, aunque no cita a Rovito, piensa que los togados, los juristas en general, son una élite de gran importancia y con un papel central, «pero sin conexión verdaderamente arraigada y determinante con la dialéctica social de fondo en el país». Es mucho más perentorio que Musi y que el mismo Rovito en subrayar «el contenido de clase de la revuelta», ya sea con relación a los «indudables acentos antif feudales» que tuvo «sobre todo en las provincias», ya sea con relación a los profundos cambios que se produjeron, con la misma y en consecuencia de la misma, en el centro y en la periferia; está de acuerdo en el hecho de que Nápoles y el Reino no serían lo que habían sido antes, pero no hasta el punto de que se hubieran verificado modificaciones cualitativamente significativas en la estructura de la capital y en su función con respecto al reino, y no hasta el punto, en fin, de que los acontecimientos napolitanos no hubieran tenido un carácter revolucionario y de claras consecuencias.

Más claramente opuestas respecto a Rovito y a Villari, son las conclusiones a las cuales llega Musi en la reconstrucción que, no sólo por ser la más reciente, se presenta como la más difundida, atenta y articulada respecto al movimiento napolitano. Prefiere con Galasso hablar de «revuelta», en substancia porque, si una revolución es victoriosa cuando produce «mutaciones» del gobierno político, no es este el caso de Nápoles, donde no cambió nada. Aunque las gracias concedidas el 11 de Abril de 1648 acojan algunas formulaciones de los capítulos redactados durante la experiencia insurreccional, tal hecho se refleja en la acusada política centralizadora de la restauración española únicamente en el sentido de que ésta no toma partido

específico, limitándose a maniobrar entre la clase civil y la clase nobiliaria. El juicio no es nuevo, resucita explícitamente lo que expresó en su tiempo Galasso en *Napoli Spagnola dopo Masaniello* (1982).

Por lo que se refiere a la revolución de Masaniello (y ¿por qué no también de Gennaro Annese, el jefe de la segunda fase, que tuvo el defecto de no haber conocido una espectacular muerte y un todavía más espectacular culto popular?), Musi se define en particular sobre la profundidad de su penetración en las provincias, para poner de relieve el carácter de mosaico tan extendido, cuanto diferenciado y sobre todo desarticulado, por la nunca colmada separación con respecto a la capital y por las fuertes connotaciones locales que la tendencia común antifiscal y antibaronial asume en cada provincia y en su mismo interior, con relación a cada una de ellas evidenciando el grado de complejidad alcanzado por la sociedad local.

La atomización de la orientación y de la modalidad de acción de la revolución tanto en el centro como en la periferia es sin embargo, para Musi, por lo menos indicativo de una especial riqueza de fermentos políticos e ideológicos. Sin embargo la reconstrucción de Musi se mueve más bien entre los hilos de la persistente irreductibilidad recíproca entre lo espontáneo de la plebe y el planteamiento moderado de la clase civil, que emerge dramáticamente en los momentos cruciales. Las divergencias ideológicas y de comportamiento agravadas, acabarán por repercutir entre civiles y nobles no de origen (la nobleza nueva de extracción «civil») una parte de los cuales se proyecta hacia posiciones radicales, multiplicando, en vez de simplificar, las contradicciones internas del movimiento revolucionario, que en torno a la hipótesis republicana se desgasta definitivamente, por entrelazarse y complicarse con alternativas cuyas referencias al modelo holandés y veneciano no llegan a alcanzar una solución fuerte y vencedora.

El carácter bifrontal de la actitud de la curia, que mira por un lado al poder virreinal y a las masas populares, sin llegar a constituirse en elemento de unión entre uno y otras, es según Musi una de las debilidades de fondo de los movimientos de Masaniello y una de sus analogías con los de los sicilianos. Otros puntos de contacto los concreta en las reivindicaciones patrimoniales, o sea, antifeudales, y en la protesta antifiscal.

Esta última, como por otro lado pone de relieve el inteligente trabajo de cincel llevado a cabo por Giarrizzo, no se encuentra en el origen inmediato de las sublevaciones sicilianas, que estallan como puros movimientos de hambre, sobre el fondo de una aguda crisis de subsistencia. Excepcionalmente fue la singular apertura del virrey la

que permitió que por propia iniciativa se anularan «perpetuamente» en Palermo las gabelas sobre los bienes alimenticios y se reformara la administración urbana (21 de mayo de 1647) imprimiendo con ello un salto cualitativo a los fermentos sociales. Estos, en base a estas medidas, muestran objetivos antifiscales, con acentos antifeudales en la tierras baroniales y antioligárquicos en la ciudades patrimoniales. La expansión y transformación de la protesta siciliana tuvo consecuencias llamativas sobre las primeras formas de propaganda en Nápoles, que fueron obra de prófugos isleños. El cuadro siciliano, sin embargo, va y viene terriblemente entre los impulsos reivindicativos y la feroz reacción de la nobleza, que adquiere a menudo rasgos de mero terrorismo, decapitando con rapidez el movimiento de sus jefes (es el caso de Cicala, de Alesi, pero no del primero de ellos, La Palesa) tal y como Masaniello suprimió a los mismos secuaces por razones de compromiso, sin las repercusiones que en el caso de Masaniello se produjeron en la mentalidad popular, especialmente remarcados en un ensayo de Burke (1982)

Mientras Messina se conserva bajo el férreo control de la propia oligarquía, Palermo funciona como centro propulsor estableciendo un gobierno revolucionario con la momentánea alianza de obreros e intelectuales que, esta vez sobre la ola del retorno de los motines napolitanos, se fija objetivos más francamente políticos, como la reforma del magistrado cívico y la fiscal. Pero la política selectiva del poder español, nunca abiertamente protestada, mientras se muestra fácil en Palermo (legitimando las peticiones populares el 23 de agosto de 1647) y en las ciudades patrimoniales, promueve la «más dura represión en las tierras feudales» Y ello, hasta que ante el final del experimento napolitano, que había provocado un último eco en una aislada y desesperada conjuración republicana (descubierta y reprimida en diciembre de 1647), esa política española divide el movimiento palermitano, favoreciendo el componente popular, exilando a los intelectuales» y devolviendo la paz a la capital y al reino.

Incluso acogiendo la línea de juicio comparativa, por último, propuesta por Musi, las semejanzas entre los movimientos napolitanos y sicilianos aparecen más bien externos. Más allá de la concomitante tendencia evolutiva de los dos movimientos, y a pesar de no pocas consecuencias recíprocas, fue diferente lo incisivo de la acción y la extensión y la profundidad de la revolución napolitana, mientras que mucho más fuerte, rápida y eficaz fue la reacción de los nobles en Sicilia. Además hay que tener en cuenta la drástica dicotomía entre Palermo y Messina que después de la revolución arrastrará a ésta última a posiciones de orgullosa y egoísta

reivindicación, mientras el resto de la isla se escondía en la subordinación de la capital al poder español. Lo cual es muy distinto de la indiscutida centralización napolitana, que impidió la unidad del movimiento, su generalización, aun teniendo en cuenta las instancias de tendencia radical de signo antiespañol y de tendencia republicana, que tuvieron un éxito estruendoso en la revolución napolitana, mientras que en Sicilia quedaron muestras de un restringido, aunque generoso, puñado de conspiradores.

De todos modos, sea el que sea el sentido que se quiera dar a sus desarrollos y a sus éxitos, ni los movimientos sicilianos ni tampoco los napolitanos pueden ser expeditivamente liquidados como «jacqueries» urbanas, aunque sólo fuera porque, con variedad de difusión y de incidencia, ambos se radicaron en los campos, capilarmente en el caso napolitano (Villari ya en 1967 hablaba de «guerra campesina, la más vasta e impetuosa» de la Europa del siglo XVII). Sea cual sea el peso que se le dé a la espontaneidad y defecto de unificación, especialmente evidente en el caso siciliano, tampoco este movimiento expresó simples exigencias elementales.

La misma protesta antifiscal que los une a la gran parte de la sublevaciones europeas contemporáneas, se convierte en la clave que califica un proyecto de reforma política, que en el caso napolitano determina las instituciones estatales. En substancia no parece que se pueda compatir la opinión de Zagorin, y de aquellos a quienes éste hace referencia, según la cual un movimiento adquiere validez política únicamente si se pone como objetivo el poder central y se convierte en revolucionario únicamente si logra de alguna manera subvertir ese poder. Aparte del hecho que en el caso napolitano algunos cambios en la gestión del poder se habrían verificado, modificando la tradicional relación de súbditos en el sentido de contar más con el gobierno local y reivindicar una fiscalidad más equilibrada, lo cual no parecen hechos de escasa importancia política, incluso carentes de contenido revolucionario.

Apenas bosquejada la transformación de la rebelión en revolución recibe una dimensión más bien importante—aunque actualmente es objeto de reserva en el reino de Nápoles— tanto por la intensidad y profundidad de la movilización política y social como por la resonancia que tuvo en el resto de Europa y el vigor ejemplar con el cual contribuyó a potenciar el impulso al cambio. Sobre este último aspecto y sobre su carácter sobremanera edificante ponen un fuerte acento las últimas contribuciones de Villari..

Además, el hecho de que la polémica sobre la revolución napolitana iniciada, perdura, y continúa aún vigorosa, es algo no despreciable, indica su vitalidad, como lo fueron, sin ninguna

intención de comparación, los rituales puestos en escena en su curso para legitimarla, o la conclusión de su trayectoria. Expediente este último al cual se recurre, no por casualidad, también en Palermo. No se exorcizaban episodios de escaso relieve.

Bibliografía esencial

- R. Villari, *Ribelli e riformatori*, Roma 1979
 R. Villari, *Elogio della dissimulazione*, Bari 1987
 P.L. Rovito, La rivoluzione contituzionale di Napoli (1647-48), «*Revista Stoica Italiana*», XCVII, II (maggio, 1986).
 P. Burke, La madonna del Carmine e la rivolta di Masaniello, en «*Past and Present*» (1982), o en *Scene di vita quotidiana nell' Italia moderna*, Bari 1988.
 A. Musi, *La rivolta di Masaniello nella scena politica barocca*, Napoli 1989.
 V. D'Alessandro-G. Giarrizzo, *La Sicilia dal Vespre all'Unità d'Italia*, Tauro, 1989.
 R. A. Stradling, *Felipe IV y el gobierno de España (1621-1665)*, Madrid 1989.

BRUNO ANATRA

Universidad de Cagliari (Cerdeña)

Resumen: el autor realiza un balance de las posturas historiográficas en relación con las revueltas que tienen lugar en los territorios españoles del sur de Italia a finales de la década de 1640 así como las analogías y contrastes que estos movimientos presentan entre sí.

Summary: professor Anatra studies the various historians' attitudes related to the revolts that took place in the spanish territories in South Italy at the end of the 1640's, and shows us the analogies and contrasts between these movements.